

25 de junio.—Ya conozco el domicilio de Bautista (papá Macabeo); pero no le preguntaré quién es Gabriel.

No le preguntaré ni eso ni otra cosa.

Primero, porque es probable que no sepa nada, y luego, porque estoy casi seguro de que nada respondería.

Ese hombre ha de ser muy afecto a Jaime Cotentin para que éste, que no quiere *ayudante*, le haga asistir a sus trabajos, donde le presta una ayuda meramente material.

La cara tan vulgar (ni siquiera es feo) de Jaime Cotentin ha tomado súbitamente en mi espíritu proporciones inmensas. Y he querido leer algunos de los artículos que de vez en cuando publica en la nueva *Revista de Anatomía y Fisiología Humanas*. Son algo notable.

Hay en ellos una altura y una audacia de miras que trastornan todas las antiguas teorías. En otros tiempos no dudo que toda la vieja escuela se hubiera estremecido. Pero actualmente hay pasión por lo incógnito. La guerra ha pasado abriendo un abismo—o, si se quiere, colmándolo—entre el pasado y el porvenir.

A la vista tengo un artículo sobre «La degradación de la energía en el ser viviente», donde, a propósito de las tan interesantes teorías de Bernard Brunhes, se dicen estas frases, la última de las cuales me estremeció:

«En semejante termodinámica pudiera encontrarse cuerpos que se transformaran en cierto sentido, siendo así que la termodinámica clásica anuncia su equilibrio o su transformación en sentido inverso... Un sistema pudiera, en una transformación isotérmica, proporcionar un efecto útil superior a su pérdida de energía utilizable: EL MOVIMIENTO CONTINUO YA NO SERÍA IMPOSIBLE.»

Nada más fuerte ha escrito Duhem al fin de su obra sobre la viscosidad, el roce y los falsos equilibrios químicos... Y nos encontramos frente a la hipótesis de Helmholtz realizada, frente a la hipótesis de una restauración posible de la energía utilizable en los seres vivos...

Es decir: ¡la derrota de la muerte!...

¡Siempre el movimiento continuo!...

Por lo tanto, el viejo relojero y el joven estudiante están animados por el mismo pensamiento; el primero, desde el punto de vista mecánico; el segundo, desde el punto de vista fisiológico...

¡Oh, qué intensa debe de ser la vida de los cerebros tras esta pared a lo largo de la cual me paseo esperando a Cristina..., y que separa los dos extraños dramas cuya clave aun no poseo!...

Lo que tengo es la llave de la puertecilla que da al jardín de los Coulteray, en el cual me encuentro en este momento. Parece ser, porque yo no estaba presente cuando ella la ha pedido, que el marqués no ha puesto ninguna dificultad para entregarla... Me la ha dado con la mayor naturalidad del mundo:

—Puede venir cuando quiera... ¡Está en su casa!...

Esto pasaba ayer... Hoy he de entregar la llave a Cristina... Pero son las cinco de la tarde y aun no ha vuelto... Hace varios días que es más cara de ver. Me figuro que Gabriel reclamará sus cuidados...

La salud del hombre misterioso debe de ser mejor, a juzgar por los hermosos colores de Cristina...

La intervención quirúrgica le habrá salvado definitivamente. Y no desespero de volverle a ver paseando por el breve cercado de los Norbert, llevado del brazo por su bella enfermera...

Aunque parezca extraño, ¡me parece que voy a odiar a Cristina!... ¿Por qué?... ¡Oh misterios del corazón humano!, que dijo el otro... ¡Porque engaña con ése a Jaime Cotentin!...

Ahora que he penetrado un poco en el cerebro del estudiante, Cristina me resulta una muñeca odiosa, despreciable... Si no le quiere, ¡que no le prometa nada!... Si no le ama, ¡que se lo diga!... Pero ¡engañar a un hombre semejante!... ¡Hola, ya está aquí!... ¡Qué juventud!... ¿Cómo no habrá de curar Gabriel ante esa sonrisa?... ¡Unas manos tan lindas sacarían de la tumba a un muerto!...

A propósito de tumbas y de muertos... No he vuelto a ver a la marquesa... Por lo tanto, no tengo que buscar excusas para devolverle sus viejos escritos de brucólacos, que por cierto he continuado hojeando, y que han acabado por darme asco a causa de su estupidez.

En cambio, Cristina ha visto a la marquesa. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? No lo sé.

Me ha dicho que la marquesa estaba otra vez malucha y que Saib Khan la veía casi a diario.

—¿Se ha retrasado?—pregunté a Cristina mirándola a los ojos.

—¿Por qué me mira siempre así?—me preguntó ella acentuando su sonrisa—. Se diría que tiene algo que echarme en cara.

—Lo único que pudiera reprocharle es su ausencia.

—¡Qué galante! —dijo mirándome algo burlo-namente por encima del hombro, y dirigiéndose a la biblioteca.

Yo me había ruborizado hasta la raíz de los cabellos. ¡Pensar que he llegado a semejantes tonterías!... Como si fuera un Adonis!...

Cuando, ya en la biblioteca, le di la llave del jardín, me dijo:

—Ahora es como si estuviéramos en nuestra casa... Llegamos por el jardín y nos vamos cuando queramos... No tenemos que tratar con el viejo portero ni tenemos que atravesar todo el palacio bajo las miradas inquisitivas de Sangor y entre las cabriolas simiescas de Sing-Sing.

—Eso, usted... Yo no tengo llave...

—Mañana habrá hecha una igual para usted. Ya lo sabe el marqués. Quiere que estemos como en nuestra casa y que no nos moleste nadie.

—¿De veras?

—Tanto es así—dijo dirigiéndose a la puerta que comunicaba la biblioteca con el pequeño vestíbulo—, que esta puerta está cerrada, condenada... Solamente él puede entrar aquí...

—¿Sí?—pregunté asombrado—. ¡Cuántas precauciones!

—No quiere que la marquesa venga a estorbarnos.

—¡Comprendido, comprendido!

Yo hubiera debido alegrarme del aislamiento en que se nos dejaba a Cristina y a mí. Sin embar-

go, las muy oscuras circunstancias en que se producía el acontecimiento, así como el pensar en la otra mujer aislada que agonizaba arriba, agotada por una imaginación loca, me causaron cierto malestar que no sabría definir, pero que se experimenta en vísperas de alguna desgracia vagamente presentida... Y, efectivamente, varios minutos después, un incidente muy raro y hasta trágico vino a trastornarnos a Cristina y a mí en un grado que no sabría explicar...

Habíamos empezado a trabajar con una ventana abierta al jardín, cuando de repente fuimos sorprendidos por un gran grito de dolor que llenó todo el palacio...

Cristina y yo nos pusimos de pie, igualmente pálidos... ¡Habíamos reconocido la voz de la marquesa!...

Luego hubo gemidos, llamadas, gritos guturales de Sangor, maullidos de Sing-Sing y, sobre todo órdenes breves, repetidas y coléricas, del marqués:

—¡Corred! ¡Más aprisa!...

En el vestíbulo, en la escalera, en todo el palacio, se oían grandes carreras y muebles derribados...

Me precipité a la puerta, que resistió. Cristina me dijo:

—¡Por el jardín, por el jardín!...

Y nos lanzamos al jardín, que por una pequeña avenida lateral comunicaba con el patio de honor, al que llegamos anhelantes...

En el umbral de la sombría bóveda, cuya puerta se hallaba cerrada, encontrábase el viejo portero, que parecía muy emocionado y estaba en pie, como incapaz de hacer ningún movimiento.

En cuanto nos vió, gritó:

—¡No intervengan!... ¡No intervengan!... Es otra crisis de la señora marquesa...

Seguimos adelante y, subiendo de cuatro en cuatro peldaños la escalinata, entramos en el palacio.

Todo el alboroto se oía ahora en el primer piso.

Guiados por un ruido de puerta rota y hundida, llegamos a un corredor que daba a las habitaciones de la marquesa... Había allí una puerta agujereada como por una catapulta. Luego, la alcoba de la marquesa...

La desventurada gemía y forcejeaba en manos del marqués... Llevaba un vestido de gala convertido en harapos... Las pieles de siempre estaban en el suelo, a sus pies, como una alfombra de nieve... Y ella era más blanca que sus pieles, más blanca que la nieve...

Sing-Sing, cuyos ojos de jade ardían con un brillo inaguantable, ayudaba al marqués en la sujeción de su esposa.

En cuanto la desgraciada nos vió, lanzó un gran grito en que ponía no sé qué esperanza:

—*¡Esta vez ha sido en el brazo!...* Miren...

Levantó su brazo. Y vimos, no lejos del hombro, una heridilla por la que fluía abundantemente la sangre roja...

—¡Ah! *¿Estaban aquí?*—exclamó el marqués; y aquello me asombró, pues, por lo visto, no nos creía en el palacio—. ¡Mejor!... Podrán ayudarme a calmarla... No pasa nada, absolutamente nada... Se ha hecho una heridilla... *¡Apuesto cualquier cosa a que es un pinchazo del rosall!...* Pero se pone de una manera alarmante...

Mientras tanto, la marquesa no dejaba de repetir como en una especie de estertor:

—¡No me dejen!... ¡No me dejen, por favor!...

Acudió Sangor... También pareció tan sorprendido como su amo por encontrarnos allí... En la

mano llevaba un frasco en cuya etiqueta leí: *Citrato de sosa*.

El marqués, en cuanto vió el frasco, gritó:

—¡No es eso, imbécil!... Te he pedido el *cloruro de calcio*.

Sangor se inclinó, se fué y volvió poco después con el cloruro de calcio pedido.

Bajo la acción del cloruro, pronto se detuvo la sangre que manaba de la pequeña herida... El marqués prodigaba cuidados a su mujer con gran dulzura y palabras de aliento, mientras ella se pasaba...

Miré la herida. No era mayor que un buen pinchazo de alfiler.

Mientras tanto, se presentó el doctor indio.

El marqués le dijo:

—Se ha herido en el brazo y, naturalmente, ha habido una nueva crisis.

Saib Khan rogó que se le dejara solo con la enferma.

Esta abrió los ojos y nos miró tan suplicante, que me sentí hondamente conmovido. Sin embargo, ante las miradas de Saib Khan y del marqués, no se atrevió a decir nada. Sus temblorosos labios no dejaron pasar más que un débil gemido. Hubo que abandonarla.

El marqués nos lo indicaba ya. Salimos de la habitación. Nos seguían Sangor y Sing-Sing.

El marqués nos señaló la puerta hendida.

—He tenido que hundirla—nos explicó—. En sus crisis, no podemos dejar sola a la marquesa. Se mataría, se arrojaría por el balcón, se aplastaría la cabeza contra la pared...

—Pero *¿qué ha pasado?*—preguntó Cristina.

Yo no pregunté nada. Estaba horriblemente turbado y apenas me atrevía a mirar al marqués, de tanto como temía que pudiera leer mis pensamien-

tos, en mis inciertos y espantosamente inquietos pensamientos.

Nos llevó a un saloncillo reservado para la marquesa en la planta baja, y que aun tenía abierta una ventana al jardín. Junto a la ventana trepaba un rosal.

—La marquesa estaba tomando el fresco en esta ventana—nos explicó el marqués—. Yo no la he visto; pero Sing-Sing, que salía del *garage*, la ha visto cuando lanzaba su *grito de crisis*... Ella, inmediatamente, con un desesperado clamoreo que no le había visto hacía tiempo, corrió al primer piso, para encerrarse en su habitación... Yo estaba en mi despacho... Pero no necesitaba explicaciones... ¡Sabía de qué se trataba!... Corrimos todos tras ella... Hubo que forzar la puerta... Ya saben ustedes tanto como yo—añadió dirigiéndose a mí—, *puesto que nadie ignora nada de mi desgracia*...

Cristina y yo volvimos a la biblioteca: ella, cariñosa; yo, cada vez más agitado...

—¿Qué opina usted de todo esto?—me preguntó la joven.

Le dije:

—Cuando hemos entrado en el cuarto de la marquesa, ¿se ha fijado usted en la cara del marqués?

—¡No! ¡Solamente miraba a la marquesa!...

—Pues yo he mirado al marqués... ¡Tenía cara de pocos amigos!... Sus ojos sanguinolentos parecían a punto de salirse de las órbitas como dos esferas de rubí; su boca se abría mostrando unos dientes feroces y sangrientos, y toda su cara parecía una de esas caretas japonesas hechas para asustar al enemigo. Nunca he visto nada comparable a aquello, como no sea las trazas ferozmente alegres del busto del marqués de Gonzaga que ocultan cuidadosamente en Mantua, en la planta

baja del Museo Patrio, en un cuartito que recibe la luz por la plaza de Dante... El marqués del busto parecía en la víspera de Fornoue, el día en que pagó diez ducados por la primera cabeza francesa cortada por sus estradiotes, y en que besó en la boca al hombre que se la traía... No era un vampiro; pero era en cierto modo un bebedor de sangre...

—Precise su pensamiento—me dijo Cristina con voz sorda—. ¿Cree usted que realmente hemos sorprendido a «nuestro marqués» *la víspera de Fornoue*?

—Sería algo tan espantoso que no me atrevo a precisar semejante pensamiento...

Y me apresuré a añadir:

—Quizá solamente se tratase de una apariencia.

—De todos modos—murmuró Cristina—, si bien la víspera de Fornoue creía Gonzaga que iba a hartarse de nuestra sangre, su esperanza fué frustrada el día siguiente...

—Sí; alguien ha agitado la fiesta...

—Mi impresión—dijo Cristina—también es que hemos estorbado... Pero, tomando las cosas desde el punto de vista *natural*, no hay que asombrarse de que el marqués se haya visto desagradablemente sorprendido con nuestra llegada...

—¿Y si fuera verdad?—pregunté.

—¿Si fuera verdad?... ¿Si fuera verdad?...—repetió ella.

—Dejemos de lado lo que es preciso dejar de lado... En fin de cuentas, ¡no se necesita haber vivido doscientos años para tener instintos de fiera!...

—Luego ¿usted cree?... ¿usted puede creer?...

—Mire, Cristina... ¿Recuerda usted que Sangor, al llegar por primera vez al cuarto, llevaba un frasco?

—Sí, un frasco que, si no recuerdo mal, contenía *cittrato de sosa*...

—¡Eso es!

—Y el marqués, ¿verdad?, le ha dicho que se lo llevara y que trajese *cloruro de calcio*...

—Perfectamente, Cristina. Ahora, ¿puede usted decirme qué ha hecho el marqués con el *cloruro de calcio*?...

—Contener la hemorragia...

—Está bien... Pero ¿sabe usted, Cristina, para qué se emplea el *cittrato de sosa*?

—¡No!

—Pues el *cittrato de sosa* se emplea para provocar la hemorragia...

La joven me miró como si yo me estuviera volviendo loco.

—¿Para provocar la hemorragia?

—Me explicaré... Mejor dicho: sirve para que la *sangre continúe fluyendo*, desde el momento en que impide la formación del coágulo de sangre que cerraría la herida... Si se frota la herida o el pinchazo con *cittrato de sosa*, la vena continúa derramando sangre como agua de una espita... ¡Y hay más!... *Una boca que aspirase esa sangre y a la que se frota con citrato de sosa, no tendría que temer la coagulación con que siempre hay que contar*...

—Lo que usted me dice es verdaderamente horrible. ¿Dónde lo ha aprendido?

—En los más elementales libros de medicina... ¿No conoce usted el *Labosse ilustrado*?... Un encuadernador que no se interese solamente por las encuadernaciones tiene facilidades para enterarse de muchas cosillas.

Seguía mirándome y vi que estaba al menos tan agitada como yo.

—¡Horrible, horrible!—repitió—. ¡La ciencia al servicio del vampirismo!...

—En nuestros días, el vampirismo, si es que lo hay, ha de ser forzosamente científico.

Nos dimos cuenta de que ambos estábamos mirando los cuatro retratos de los cuatro Coulteray, que en lo alto de la pared nos miraban de una manera tan enigmática y turbadora. Declinaba el día, no dejando para contorno de las cosas más que una línea indecisa, una especie de esfuminatira.

—¡La verdad—exclamó la joven—es que se parecen de una manera extraña, muy extraña!

—¡Como que son el mismo!—repuse yo, procurando poner en el tono cierta ironía y desenfado—. *Ha tenido tiempo de perfeccionar su método*...

Pero pronto dejamos de bromear..., porque arriba continuaban los gemidos...

Y como los gemidos se prolongasen, no pudimos menos de estremecernos.

—De todos modos—insinué—, convendría saber cómo se ha producido la herida... Al fin y al cabo, el marqués nos habrá contado lo que le haya parecido...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Año. 1933. MEXICO, MEXICO

XIV

VIGILIA

Era tarde. La hora de cenar hacía tiempo que había pasado... No nos decidimos a abandonar aquellos lugares habitados por un dolor tan misterioso... Supondrían que nos habríamos marchado ya...

Nuestro propósito no era ocultarnos. Resultaba indigno de nosotros. Ahora bien: en aquellas circunstancias, quizá nos necesitaran. Y eso es lo que podríamos responder a quien se asombrara de encontrarnos todavía allí...

En nuestro gabinete de trabajo habíamos encendido la lamparilla portátil, cuyo resplandor dibujaba un claro cuadrado en la obscuridad del jardín.

En el palacio reinaba de súbito un gran silencio, silencio que tal vez nos pesaba más que el lúgubre gemido, el monótono gemido que poco antes nos causaba una angustia tan aguda...

Así pasó media hora. Trabajamos vagamente en no sé qué cosas, aunque ocupados por pensamientos que no nos atrevíamos a comunicarnos. Por fin pregunté a Cristina:

—Ahora, Cristina, ¿cree usted que el marqués la dejará tranquila?

Pareció muy sorprendida.

—¿A qué viene esa pregunta?—replicó muy emocionada—. ¿Cree usted que tiene algo que ver lo que pasa arriba y lo que pueda suceder aquí?

—¿Es que no ha renovado las tentativas?

Pareció vacilar un momento, y finalmente dijo:

—¡No! Ya me he compuesto las cosas para que no reincidiera...

—Realmente, no puedo menos de reconocer que el marqués se ha portado siempre con una corrección perfecta para con usted... Diríase que no se atreve ni a mirarla, ni aun cuando le habla...

—Sin duda—explicó ella con naturalidad—, está algo avergonzado de haberse dejado llevar por... lo que pudiéramos llamar la violencia de su temperamento... En esos momentos, a decir verdad, resultaba poco simpático... ¡No se sabía si quería abrazarme o morderme!...

—¿Morderla?—repetí, mirándola...

—¡Cuidado con las interpretaciones!— repuso ella—. Es una manera de hablar... ¡Yo no creo en los vampiros!... Pero, de todos modos, me daba miedo...

—¡Es extraordinario, Cristina, que haya continuado aquí!

—Ya le he explicado la causa, amigo Masson.

Y esta réplica me la lanzó como si yo la hubiera ultrajado...

Pero ella misma rompió el penoso silencio consiguiente, preguntando:

—¿Es cierto que tiene usted una linda casa de campo?

Esperaba tan poco aquella pregunta, que quedé pasmado...

—¿Por qué lo dice?

Mirándome con profundo asombro, dijo:

—¿Qué le ocurre?... Creo que mi pregunta no tiene nada de particular...

—¿Por qué me habla de mi casa de campo?

—¿Cómo iba a pensar, Dios mío, que se imutara por ello?... ¡Si está pálido!... Pero se lo voy a explicar... Fué el marqués quien me dijo que usted tenía una linda casa de campo. Y se extrañaba que aun no me hubiera invitado a ir a ella...

—Pero ¿cómo sabe que tenga una linda casa de campo?... ¡Ay, Cristina!... Mi casa de campo no es linda, sino la más triste y melancólica mansión que se pueda encontrar entre los comienzos del bosque y un estanque negro, fangoso, con aguas de plomo... ¡No la invitaré nunca, Cristina!... ¡Y no vaya nunca!...

Ella estaba cada vez más estupefacta:

—¡Qué cosas más extrañas me está diciendo!... No esperaba que le inquietara tanto la pregunta... No insisto más, amigo mío...

—¿No le ha dicho el marqués cómo se ha enterado?

—Sí... Es que cierta vez se le ocurrió la idea de comprar los vastos territorios de Corbillères-les-Eaux... Su casa está por allí, ¿no?

—Sí... Junto al estanque, muy cerca del estanque negro...

—El marqués visitó aquellos territorios y se informaría acerca de los propietarios de los terrenos que deseaba comprar para hacer de ellos una sola finca... Y entonces tendría ocasión de ver que su casa es linda...

Yo estaba tan agitado, que me dirigí a la ventana y la abrí... Necesitaba respirar... Necesitaba recobrar mi calma... Estaba disgustadísimo conmigo mismo por no haberme sabido contener...

En aquel momento, en el rectángulo de luz que sobre el césped se extendía delante de mí, vi que

se deslizaba un bulto blanco, ligero y silencioso como un fantasma.

No tuve tiempo más que para precipitarme a la puerta que daba al jardín y que había quedado abierta. Así pude recibir en mis brazos al pobre ser agonizante, que ya no pesaba más que una sombra. Su aliento espiraba en sus labios exangües. El óvalo de su rostro se había alargado en una línea más ideal aún. La muerte parecía fijar ya aquella frágil imagen para la eternidad. Y el resplandor que vagaba en el fondo de sus órbitas, abiertas como dos abismos, no pertenecía ya a este mundo...

Y ella, mirando cosas que nosotros no podíamos ver porque no estábamos como ella en la frontera de la nada, nos dijo a los dos, porque también Cristina se había acercado:

—Ya estarán convencidos... ¡No me han dejado más que el alma!

Con infinitas precauciones la dejamos en un sillón. Su cabeza, apoyada en el respaldo, era tan bella como un mármol sobre una tumba. Parecía mirar por última vez (y ahora sin espanto, porque esperaba escaparle al franquear las puertas de la muerte) al monstruo de las cuatro caras, que desde lo alto de la pared le dirigía sin cansarse su terrible sonrisa.

—Hoy—dijo la marquesa penosamente—han visto ustedes su quinta cara cuando va a beberse la vida... ¿Verdad que les ha espantado?... Ahora se ha ido, se ha ido con toda mi sangre... Y voy a morir porque no me da miedo la muerte...

«Sí: me he entendido con Sangor, que hace cuanto se le pide con tal de que no esté prohibido por su religión... Cuando yo esté muerta, vendrá a mi tumba a cortarme la cabeza. Y así no

habrá peligro de que yo vuelva, como el monstruo, a beberme la sangre de los vivos...

«Los vivos pueden estar tranquilos, ¡muy tranquilos!

«Es la única manera de salvarme de la vida y de la muerte...

«¡Qué feliz soy!... Estoy segura de Sangor, de que me cortará la cabeza, como se ordena en el libro *contra la resurrección*...

«¿Ha leído usted los libros que le entregué, señor Masson?... Entonces, ya sabe usted que es preciso que se me corte la cabeza...

«Sí, sí... Estoy segura de Sangor, porque le he dado un magnífico collar de perlas...

Y pronunciaba estas frases entrecortadas, como si fuera a morir a cada momento...

En cuanto a mí, me hubiera gustado hacerle una pregunta aprovechándome de que aun era tiempo.

Hubo un momento en que la marquesa calló, echó la cabeza hacia atrás con los párpados caídos y el cuello tenso, cual si lo ofreciera al cuchillo de Sangor.

Y le dije:

—Nos ha contado el marqués que cuando usted ha lanzado el primer grito estaba tomando el fresco en la ventana del tocador y se ha pinchado en el brazo con una de las espinas del rosal que trepa por la pared...

Se abrieron los párpados para dejar pasar una lamita que, casi inmediatamente, se apagó entre las pestañas contiguas.

—No me he pinchado en el rosal; nadie grita desesperadamente cuando se pincha en un rosal... He gritado porque me ha mordido...

—¿Estaba con usted en el tocador?

—¡No!

—¿Estaba en el jardín?

—Tampoco... No sé dónde estaba.

—Pero ¿cómo es eso? ¿La ha mordido sin estar con usted?

—Claro... Muerde cuando quiere y como quiere... En vano me envuelvo con pieles.

—¿Acaso muerde a distancia?

—¡Sí!

No había más que hablar. El asunto estaba concluso para sentencia...

Y estábamos los tres abatidos por ideas diferentes, cuando apareció Sangor.

En sus brazos poderosos se llevó a la desventurada, cuya cabeza cayó sobre su hombro. ¡Oh, la cabeza que yo veía ya en un sueño de horror y de locura separada del tronco!

Por lo demás, todo se me aparecía ya bajo aquellos horribles colores... Y hasta la mirada de Cristina me pareció un poco turbia cuando, al quedarnos solos, le pregunté:

—¿Qué opina usted de todo esto?

Y, cosa rara, fué la primera vez que al hablar de la marquesa no le oí decir: «¡Está loca!»

XV

LA CATÁSTROFE

30 de junio.—¡Todo ha terminado! ¡Todo ha terminado! Y yo tengo la culpa. Como dicen en las novelas populares, lloraré mucho tiempo lágrimas de sangre. He perdido a Cristina, y estoy nuevamente desterrado en mi siniestra casucha campestre de Corbillères, junto al estanque de las aguas de plomo.

Paso los días guardando el luto de mis últimas ilusiones y de mi loco amor...

Esta última e insípida frase me exalta el corazón... ¿Ilusión? ¿Loco amor?... ¿Voy a poder escribir con agua de rosas lo que me ha sucedido?... Me había convertido en una especie de bestia embrujada alrededor de Cristina.

Conviene decir que hacía ocho días que estábamos solos en el palacio. El marqués se había llevado a la marquesa expirante a su viejo castillo de Coulteray, sin duda para que estuviese más cerca de la tumba que la esperaba.

Les había seguido toda la servidumbre.

¡Solo con Cristina!

Y he aquí lo que sucedió:

Era una noche después de cenar... Sin habernos